

SOMOS UN PUEBLO CON VOCACIÓN DE GRANDEZA

Mensaje del cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, a las Comunidades Educativas en el año lectivo 2006

“¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca” (Ap 3, 15ss).

Esa tibieza, en ocasiones se disfraza de mediocridad, de mezquina indiferencia o de aquel “no te metás” o del “yo no fui” que tanto daño ha causado entre nosotros.

Y en lo que hace al encuentro y convivencia entre los hombres no caben medias tintas. Somos pueblo. Somos con otros y somos por otros; y por esto mismo somos para otros. Porque somos para otros, con otros y por otros, somos pueblo y nada menos que pueblo.

Somos hombres y mujeres con capacidad de infinito, con conciencia crítica, con hambre de justicia y fraternidad. Con deseos de saber para no ser manipulados, con gusto por la fiesta, la amistad y la belleza. Somos un pueblo que camina, que canta y alaba. Somos un pueblo herido y un pueblo de brazos abiertos, que marcha con esperanza, con “aguante” en la mala y a veces un poco rápido para gastar a cuenta en la buena. Somos un pueblo con vocación de grandeza.

Un Dios comprometido a fondo con lo humano

Una vez más, a poco de comenzar el ciclo lectivo volvemos a encontrarnos, para compartir aquello que nos anima en nuestra tarea y, más aún, constituye el núcleo de nuestra identidad cristiana y el horizonte último de nuestra existencia: la fe en Cristo Resucitado. Ese Jesús, que confesamos como Cristo, ha sido Alguien que dio y que pidió definiciones. Que tomó partido: eligió al más débil, no negoció la verdad, no se acomodó... Vivió en paz, defendió la paz, pero no se echó atrás cuando lo patotearon aquellos, quienes sentían su Presencia como un estorbo para que el pueblo experimentara un mensaje nuevo, descubriera la fuerza escondida en sus entrañas por Aquél que los amó desde el principio y quería mostrarles que los amaría hasta el final.

En Él se nos revela la realidad del Dios en quien creemos: Alguien real que, para salir a nuestro encuentro de un modo pleno y definitivo, se hizo hombre en nuestra historia concreta de manera indivisa e inconfusa, habló nuestro lenguaje y compartió nuestras preocupaciones. En Jesús de Nazaret, Dios ligó (re-ligó) las difíciles cuestiones de la trascendencia y el sentido último a la cotidianidad de los hombres y mujeres que se preguntan por su pan, por su amor, por su techo y por su descendencia; por su dolor, sus alegrías y sus culpas, por el futuro de sus hijos y por su propio futuro, por la pérdida de los seres queridos y por la responsabilidad de cada uno; por lo que conviene y lo que no conviene, lo que debemos y lo que nos es debido, lo que esperamos y lo que nos espera.

Así es que no nos es posible ocuparnos de las cosas “del cielo” sin ser inmediatamente reenviados a las “de la tierra”. Cuando el concilio Vaticano II afirmaba que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los

discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1), no hacía otra cosa que prolongar la meditación de san Juan acerca del mandamiento (y el don, como nos lo subraya Benedicto XVI) del amor: “El que dice: “Amo a Dios”, y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?” (1 Jn 4, 20).

Tal es el motivo por el cual año a año me dirijo a ustedes para compartir estas reflexiones acerca de las “cosas de la tierra”, en tanto visibilidad y anticipo de las “cosas del cielo”. Porque la tarea a la cual ustedes están consagrados construye sin duda la ciudad terrena, al formar a hombres y mujeres, ciudadanas y ciudadanos de la Patria, miembros de la sociedad, científicos, artistas, trabajadores de los múltiples ámbitos de la vida humana. Pero como además ustedes viven esta misión como la forma concreta de llevar adelante la vocación cristiana de renovar el mundo con la fuerza del Evangelio, al construir la ciudad terrena también están sembrando la semilla de la Jerusalén celestial, como colaboradores de la obra definitiva de Dios.

Esta misteriosa imbricación de lo terreno y lo celestial es la que fundamenta la presencia de la Iglesia en el campo de la educación, más allá de cualquier impulso humanitario o altruista. Ése es precisamente el sentido último de la misión educativa de la Iglesia, el que motiva estos mensajes que todos los años preparo para ustedes.

Una vez más los invito a reflexionar acerca de la responsabilidad que como educadores les compete en la construcción de la sociedad terrena. Este año, específicamente, quiero centrarme en el desafío de formar personas como ciudadanos solidarios, con sentido histórico y colectivo de comunidad, responsables, desde la raíz de su identidad y autoconciencia del destino común de su pueblo.

¿Por qué elegir este tema? Hay dos motivos. El primero, su insoslayable centralidad dentro de la tarea docente. La función de la escuela incluye un fundamental elemento de socialización: de creación del lazo social que hace que cada persona constituya también una comunidad, un pueblo, una nación. La tarea de la escuela no se agota en la transmisión de conocimientos ni tampoco sólo en la educación de valores, sino que estas dimensiones están íntimamente ligadas a la que ponía de relieve en primer término; porque pueblo no es ni una masa, ni de súbditos, ni de consumidores, ni de clientes, ni de ciudadanos emisores de un voto. El segundo motivo que me impulsa a tomar esta cuestión como tema de reflexión en este año es justamente la necesidad de fortalecer o incluso refundar ese lazo social. En tiempos de globalización, posmodernidad y neoliberalismo, los vínculos que han conformado nuestras naciones tienden a aflojarse y a veces hasta a fracturarse, dando lugar a prácticas y mentalidades individualistas, al “sálvese quien pueda”, a reducir la vida social a un mero toma y daca pragmático y egoísta. Como esto trae serias consecuencias, las cosas se hacen más y más complicadas, violentas y dolorosas a la hora de querer paliar esos efectos. Así se realimenta un círculo vicioso en el cual la degradación del lazo social genera más anomia, indiferencia y aislamiento.

¿Qué es ser un pueblo?

Al iniciar la reflexión sobre el lazo social, su crisis y los caminos para su fortalecimiento, nos sale al cruce una palabra que atraviesa la historia de nuestro país de lado a lado: el pueblo.

“Pueblo” más que una categoría lógica es una categoría mística. El pueblo en la Plaza Mayor, que en 1810 quería “saber de qué se trata” como hemos aprendido en los viejos relatos escolares: un grupo de vecinos activos, puestos a participar en la cosa pública en medio de la crisis de la metrópoli. La multitud que manifestaba masivamente en plazas y avenidas todo a lo largo del siglo XX, bajo la consigna de que “si éste no es el pueblo, el pueblo dónde está”... Grupos militantes de causas políticas y sociales, marchando con la convicción de que “el pueblo unido jamás será vencido”...

Es decir: mucho más que un concepto. Una palabra tan cargada de sentido, de emoción, tan enhebrada con historias de lucha, esperanza, vida, muerte y hasta traición. Una palabra tan contradictoria y controvertida, que en tiempos de “muerte de las ideologías”, “posmodernidad” y actitud “light” ante la vida ha quedado poco menos que guardada en lo más alto del placard, entre las cosas de la abuela y las fotos que duele ver pero nadie se atreve a tirar.

No olvidemos que alguna vez resonó entre nosotros con fuerza el grito de “que se vayan todos”. Lo que faltó escuchar, pasadas aquellas noches de fogata, nerviosismo e incertidumbre, fueron voces que se alzaron para decir: “¡aquí estoy, yo me comprometo!” Al menos, en la cantidad y con el vigor suficiente.

Precisamente de eso se trata la cuestión del “pueblo”. Si pudiéramos (y no siempre podemos ni debemos) abstraer la apelación de “pueblo” de los diversos, y muchas veces antagónicos, contextos en que fue esgrimida y logró movilizar voluntades en nuestra historia nacional, creo que lograríamos recoger un sentido fundamental: sólo se puede nombrar al “pueblo” desde el compromiso, desde la participación. Es un vocablo que trae consigo tanta carga emocional y tanta proyección de esperanzas y utopías, que se desnaturaliza si se lo toma sólo como una cuestión “objetiva”, externa al que lo incluye en su discurso. Más que una palabra es una llamada, una con-vocación a salir del encierro individualista, del interés propio y acotado, de la lagunita personal, para volcarse en el ancho cauce de un río que avanza y avanza reuniendo en sí la vida y la historia del amplio territorio que atraviesa y vivifica.

Por ello también es tan temido y criticado: por la fuerza convocante que libera para bien o para mal, en pos de causas colectivas, de esas que hacen historia o también de ilusiones que culminan en escándalo y dolor. El pueblo. ¿Cómo no estremecerse de pasión o de indignación, según el caso, ante las resonancias que la palabra trae?

Queridos educadores, los invito a seguir profundizando un poco en el significado de la palabra “pueblo” como llamado a la presencia, a la participación, a la acción comprometida. Redescubrir el sentido del “pueblo” con el telón de fondo de una consigna que a cada uno nos oriente en la búsqueda: “¡Aquí estoy! ¡Yo me comprometo!”. Y con una convicción: hoy más que nunca, hay que ser pueblo y atreverse a educar. Cuando las estructuras educativas se ven sobrepasadas por fuerzas sin rostro, que ponen en circulación propuestas, mensajes, modelos, consumos, sin hacerse responsables de las consecuencias que producen en los más chicos y en los adolescentes, tenemos que seguir dando el presente. Para poder adentrarnos más en el significado de la palabra “pueblo” reflexionemos en dos direcciones: 1) una geografía y una historia; 2) una decisión y un destino.

Una geografía y una historia

En primer lugar, un pueblo se vincula a una geografía. Mejor dicho: a una tierra. Se dice a veces que hay pueblos de llanura, pueblos de montaña... y otras especificaciones ambientales que, sin dejar de tener sentido, quedan ampliamente superadas por la dinámica de las sociedades modernas, predominantemente urbanas y atravesadas por todo tipo de mestizajes, entrecruzamientos y mutaciones. Aun así, la geografía tiene su fuerza de atracción, como paisaje no tanto “turístico” como existencial y también como matriz de referencias simbólicas que, al ser compartidas, generan significaciones y valores colectivos.

Quizá podríamos releer esta dimensión en el medio de la gran ciudad pensando en el barrio como lugar de arraigo y cotidianeidad. Si bien el crecimiento de la urbe y el ritmo de vida hacen perder en gran medida la fuerza de gravedad que el barrio tenía antaño, no dejan de tener vigencia muchos de sus elementos, aun en el remolino de la fragmentación. Porque el barrio (o la tierra), como espacio común, implica una variedad de colores, sabores, imágenes, recuerdos y sonidos que hacen al entramado de lo cotidiano; de aquello que, justamente por pequeño y casi invisible, es imprescindible. Los personajes del barrio, los colores del club de fútbol, la plaza con sus transformaciones y con las historias de juego, de amor y de compañerismo que en ella tuvieron lugar, las esquinas y los lugares de encuentro, el recuerdo de los abuelos, los sonidos de la calle, la música y la textura de la luz en esa cuadra, en ese rincón, todo eso hace fuertemente al sentimiento de identidad. Identidad personal y compartida o, mejor dicho, personal en tanto compartida.

¿Será que la funcionalización de todos los espacios en la lógica del crecimiento salvaje y mercantilista condenará a muerte a la dimensión de arraigo? ¿Será que en poco tiempo transitaremos sólo por espacios virtuales o virtualizados, a través de pantallas y autopistas? ¿O será más bien que encontraremos nuevas formas de plantar símbolos en nuestro entorno, de significar el espacio, de habitar?

Ser un pueblo: habitar juntos el espacio. Aquí tenemos, entonces, una primera vía por la cual relanzar nuestra respuesta al llamado: abrir los ojos a lo que nos rodea en el ámbito de lo cotidiano y a quienes nos rodean. Recuperar la vecindad, el cuidado, el saludo. Romper el primer cerco del mortal egoísmo reconociendo que vivimos junto a otros, con otros, dignos de nuestra atención, de nuestra amabilidad, de nuestro afecto. No hay lazo social sin esta primera dimensión cotidiana, casi microscópica: el estar juntos en la vecindad, cruzándonos en distintos momentos del día, preocupándonos por lo que a todos nos afecta, socorriéndonos mutuamente en las pequeñas cosas de todos los días.

Y un punto especial de reflexión para nosotros: la escuela en el barrio, contribuyendo activamente a vincular, a crear identidad, a valorar los espacios compartidos. La escuela que relaciona a las familias entre sí y con la comunidad mayor del barrio, con las instituciones, con las redes que dan forma a la vida de la ciudad. La escuela, punto de referencia y corazón de barrio para tantas familias. Siempre y cuando se trate de una escuela bien inserta en su realidad y no una isla atenta sólo a sus problemáticas intramuros.

La dimensión espacial, además, se vincula enseguida con otra, tan fundamental como aquella, si no más: la del tiempo hecho historia. En el barrio uno transcurrió su niñez, o allí los hijos la están viviendo y la recordarán mañana. La patria evoca también aquel fragmento de espacio donde están enterrados los padres. Y lo que nos une en el espacio compartido, más allá de las cuestiones prácticas inmediatas, es el legado de los que vivieron

antes que nosotros y la responsabilidad que tenemos para quienes nos siguen. Legado y responsabilidad que se plasman en valores y en símbolos compartidos.

Un pueblo, entonces, es una realidad histórica, se constituye a lo largo de muchas generaciones. Y por eso mismo tiene la capacidad de perdurar más allá de las crisis. Pero además, el tiempo humano transcurre a través de la transmisión de una generación a otra. La transmisión generacional siempre tiene algo de continuidad y algo de discontinuidad. El hijo es parecido al padre pero distinto. No es lo mismo un hijo que un clon: hay algo que se continúa de una generación a otra, pero también hay algo nuevo, algo que cambió. Un pueblo es necesariamente dinámico. La cultura de un pueblo, esos valores y símbolos comunes que lo identifican, no es la esclerótica repetición de lo mismo, sino la vital creatividad sobre la base de lo recibido. Por ello nunca es uniforme, sino que, al cambiar en múltiples niveles y líneas, incluye en sí la diversidad. Sólo las expresiones que intentan “fijar” o “congelar” la vida de un pueblo terminan siendo excluyentes. La cultura viva tiende a abrir, integrar, multiplicar, compartir, dialogar, dar y recibir en el interior mismo del pueblo y con los otros pueblos con quienes entra en relación.

La reconstrucción del lazo social, la respuesta al llamado de ser un pueblo, el “meterse” a hacer algo en el campo del bien común, implica tanto una escucha atenta del legado de los que nos precedieron como una gran apertura a los nuevos sentidos que los que vienen detrás generan o proponen. Es decir, un compromiso con la historia. No hay sociedad viable en la contracción del tiempo a un puro presente. Ser pueblo exige una mirada amplia y larga, para abarcar a todos los que se pueda y para constituir la propia identidad en fidelidad creativa a lo que fue y sigue siendo, aunque renovado, y lo que todavía no es pero se preanuncia de múltiples maneras en el presente enraizado en lo que ha sido.

¿Cómo no considerar nuestras escuelas como un lugar privilegiado de diálogo entre generaciones? No hablamos sólo de “hacer reuniones de padres” para implicarlos a ellos en nuestra tarea docente o para contribuir a la resolución o contención de las problemáticas de sus hijos, sino también de pensar nuevas formas de promover la conciencia de la historia común, la percepción de su sentido y la apropiación de los valores en ella amasados. Se trata también de encontrar el modo de interesar a los más chicos o jóvenes en las inquietudes y deseos que los mayores (y los mayores de los mayores) han dejado como obra abierta, y facilite a los que recién empiezan los recursos para la prosecución creativa (y hasta crítica, si es necesario) de aquellos sueños en marcha.

Una decisión y un destino

Ahora bien, la dimensión histórica del sentido de pueblo no se refiere sólo al modo en que el pasado es comprendido y asumido desde el presente, sino también en la apertura al futuro bajo la modalidad del compromiso con un destino común.

Se trata de la tantas veces proclamada y más difícilmente vivida aserción de que “nadie se salva solo”. Pensar la posibilidad de realización y trascendencia como una empresa de toda la colectividad, y nunca por afuera de ella, es lo que permite hacer de los “muchos” (y distintos) una comunidad. La diversidad humana vivida como división y las diferencias entendidas como enemistad, son un dato de la experiencia de la historia real.

No hace falta ninguna revelación divina especial para darnos cuenta de que la humanidad está atravesada por todo tipo de divisiones que se traducen en mutuas desconfianzas, pugnas por la supremacía de unos sobre otros, guerras y exterminios, engaños y mentiras de

toda índole. ¡Cuánto más en un país que, como el nuestro, ya desde su nacimiento estuvo signado por la mixtura de razas, culturas y religiones, con la carga de ambigüedad (“luces y sombras”) que tiene la historia humana!

Pero, por el otro lado, ser un pueblo no significa aniquilarse a sí mismo (la propia subjetividad, los propios deseos, la propia libertad, la propia conciencia) a favor de una pretendida “totalidad” que no sería otra cosa, en realidad, que la imposición de algunos sobre los demás. Lo “común” de la comunidad del pueblo sólo puede ser “de todos” si al mismo tiempo es “de cada uno”. Simbólicamente podemos decir que no hay “lengua única”, sino la capacidad inédita de entendernos cada uno en la propia lengua, como sucedió en Pentecostés. (Hch 2, 1-11).

Lo que nos une, lo que nos permite romper la coraza del egoísmo para reconocernos en el presente y reconstruir retrospectivamente nuestra historia pasada es el origen y también la posibilidad de un futuro común. Y esa posibilidad también es la que pone en marcha la creación de las mediaciones necesarias para que ese futuro empiece ya a construirse en el presente: instituciones, criterios de valoración, producciones (p. ej. científicas o artísticas) que concentran el sentido de lo vivido y de lo esperado, funcionando como faro en medio de la ambigüedad de los tiempos del hombre. Todo esto exige una actitud semejante a la del sembrador: planificar para el largo plazo sin dejar de actuar siempre en el momento justo y sobre todo en el hoy. Un modo de pensar, un modo de evaluar las situaciones, un modo de gestionar y de educar, un modo de actuar en el aquí y ahora sin perder de vista el horizonte deseado.

Para reconstruir el lazo social, entonces, es imprescindible empezar a pensar no sólo “a mediano y largo plazo” sino también “a lo grande”. El mejor futuro que podamos soñar debe ser la medida y el cristal que definan la orientación de nuestras acciones y la calidad de nuestro aporte. “Amplio” (para todos y con todos) y “efectivo” (procurando generar los dispositivos y mediaciones necesarias para caminar hacia esos fines). Hablamos de mediaciones políticas (de las cuales, la más importante es el Estado, sean cuales fueren sus relieves concretos), jurídicas, sociales, educativas y culturales, sin descartar las religiosas, cuyo aporte puede ir incluso mucho más allá del mero círculo de los creyentes.

Sobre estas cuestiones volveré más adelante, con mayor detalle. Por el momento, quisiera dejar indicada una última idea, a modo de conclusión.

En nuestro intento de encontrar las dimensiones que hacen a la existencia de un pueblo y al fortalecimiento del lazo que lo constituye, recordemos la definición de san Agustín: “pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde comunidad de objetos amados”. Y esta “concorde comunidad” se va plasmando, como ya señalamos, en acciones comunes (valores, actitudes fundamentales ante la vida, símbolos) que, generación tras generación, van adquiriendo un perfil especial y propio de esa colectividad.

Pero hablar de “concorde comunidad” o de “destino común” implica, además de una serie de hábitos, una voluntad decidida de caminar en ese sentido, sin la cual todo lo demás cae sin remedio. Implica una apertura humilde y contemplativa al misterio del otro, que se torna respeto, aceptación plena a partir no de una mera “indiferencia tolerante” sino de la práctica comprometida del amor que afirma y promueve la libertad de cada ser humano y posibilita construir juntos un vínculo perdurable y vivo.

De esta manera, logramos situar la cuestión de “ser un pueblo” en la raíz que la constituye esencialmente, al menos desde nuestra perspectiva: el amor como realidad más profunda del vínculo social. Lo cual nos habilita para continuar la reflexión por un rumbo que considero insoslayable.

“¿Quién es mi prójimo?”

Quiero aclarar algo: este mensaje no pretende ser una fundamentación filosófica del vínculo social de los nuevos tiempos. Otros lo pueden hacer y lo hacen, sin duda mucho mejor que yo. Más bien lo que me interesa es invitarlos a preguntarse sobre las raíces fundantes y qué es lo que se nos ha perdido en el cambio de época. ¿Por qué los grandes avances de las últimas décadas no nos han hecho más felices como pueblo, no han hecho prosperar la amistad social ni han favorecido la paz? De ese modo, quizá podamos descubrir algunas claves que nos permitan aportar nuestro grano de arena (como docentes, como padres, como ciudadanos) para una construcción alternativa. Usando la bellísima expresión del papa Pablo VI: “para la construcción de una civilización del amor”.

Permítanme sugerirles un par de “pistas” que encuentro en el Evangelio.

La primera gira en torno a una enseñanza de Jesús que me atrevo a llamar fundamental: la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37). Ya he comentado este texto en otras ocasiones pero me parece que nunca está de más volver a él. Porque la única forma de reconstruir el lazo social para vivir en amistad y en paz es comenzar reconociendo al otro como prójimo, es decir, hacernos prójimos. ¿Qué significa esto? La ética fundamental, que nos dejó elementos invalorable como la idea de “derechos humanos”, propone tomar al hombre siempre como fin, nunca como medio. Es decir, no se puede dar valor, reconocer al otro por lo que pueda darme, por lo que pueda servirme. Tampoco por su utilidad social ni por su productividad económica. Todo eso sería tomarlo como medio para otra cosa. Considerarlo siempre como fin es reconocer que todo ser humano, por ese sólo hecho es mi semejante, mi prójimo. No mi competidor, mi enemigo, mi potencial agresor. Este reconocimiento debe darse como principio, como posición fundamental ante todo ser humano, y también en la práctica, como actitud y actividad.

Ahora bien, ¿por qué voy a considerar a esta persona, de la cual no sé nada, que no tiene nada que ver conmigo, como un semejante? ¿Qué tiene de semejante a mí? ¿Qué me aporta hacerme prójimo de él? La parábola del buen samaritano agrega a la formulación moderna una dimensión sin la cual, a mi juicio, ésta corre el riesgo de convertirse en un imperativo abstracto, un llamado formal a una responsabilidad autosustentada: la motivación interna.

¿Por qué el buen samaritano “se pone el herido al hombro” y se asegura que reciba el cuidado, la atención que otros, más duchos en la Ley y las obligaciones, le habían negado? En el contexto del Evangelio, la parábola aparece como una explicación de la enseñanza sobre el amor a Dios y al prójimo en la dos dimensiones fundamentales e inseparables de la Ley. Y si la Ley, lejos de ser una simple obligación externa o el fruto de una “negociación” pragmática, era aquello que constituía al creyente como tal y como miembro de una comunidad, aquel vínculo fundante con Dios y con su pueblo fuera del cual el israelita no podía ni siquiera pensarse a sí mismo, entonces amar al prójimo haciéndose prójimo es lo que nos constituye en seres humanos, en personas. Reconocer al otro como prójimo no me “aporta” nada particular: me constituye esencialmente como persona humana; y entonces, es la base sobre la cual puede constituirse una comunidad humana y no una horda de fieras.

El buen samaritano se pone el prójimo al hombro porque sólo así puede considerarse él mismo un “prójimo”, un alguien, un ser humano, un hijo de Dios. Fíjense cómo Jesús invierte el razonamiento: no se trata de reconocer al otro como semejante, sino de reconocernos a nosotros como capaces de ser semejantes.

¿Qué otra cosa es el pecado, en este contexto de las relaciones entre las personas, sino el hecho de rechazar el “ser prójimo”? De este modo, la idea de pecado se corre del contexto legalista de “no hacer ninguna de las cosas prohibidas” para ubicarse en el mismo núcleo de la libertad del hombre puesto cara a cara ante el otro. Una libertad llamada a inscribirse en el sentido divino de las cosas, de la creación, de la historia, pero también trágicamente capaz de apostarse a sí misma en algún otro posible sentido que siempre termina en sufrimiento, destrucción y muerte.

Primera pista, entonces: creer que todo hombre es mi hermano, hacerme prójimo, es condición de posibilidad de mi propia humanidad. A partir de esto, toda la tarea que me compete (y subrayo: toda la tarea) es buscar, inventar, ensayar y perfeccionar formas concretas de vivir esta verdad. Y la vocación docente es un espacio privilegiado para llevar esto a la práctica. Ustedes tienen que inventar todos los días, cada mañana, nuevas formas de reconocer -de amar- a sus alumnos y de promover el reconocimiento mutuo -el amor entre ellos-. Ser “maestro” es así, ante todo, una forma de “ejercer la humanidad”. Maestro es quien ama y enseña la difícil tarea de amar todos los días, dando el ejemplo sí, pero también ayudando a crear dispositivos, estrategias, prácticas que permitan hacer de esa verdad básica una realidad posible y efectiva. Porque amar es muchísimo más que sentir de vez en cuando una ternura o una emoción. ¡Es todo un desafío a la creatividad! Una vez más, se tratará de invertir el razonamiento habitual. Primero, se trata de hacerse prójimo, de decirnos a nosotros mismos que el otro es siempre digno de nuestro amor. Y después habrá que ver cómo, por qué caminos, con qué energías. Encontrar la forma (distinta cada vez, seguramente) de buscarle la vuelta a los defectos, limitaciones y hasta maldades del otro (de los alumnos, en su caso), para poder desarrollar un amor que sea, en concreto, aceptación, reconocimiento, promoción, servicio y don.

Quizá puede ser hasta un ejercicio matutino (y también un autoexamen antes de dormir): ¿cómo voy a hacer hoy para amar efectivamente a mis alumnos, a mis familiares, a mis vecinos? ¿Qué “trampas” voy a poner en juego para confundir y vencer a mi egoísmo? ¿Qué apoyos voy a buscarme? ¿Qué terrenos voy a preparar en el otro, en los grupos en que participo, en mi propia conciencia, qué semillas voy a sembrar para poder por fin amar al prójimo, y qué frutos preveo recoger hoy? Hacernos prójimos, entonces: el amor como tarea. Porque así somos los seres humanos: siempre trabajando para poder llegar a ser lo que desde el principio somos...

“¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?”

La segunda “pista” será otra enseñanza de Jesús acerca del amor: la parábola del Juicio Final (Mt 25, 31-43). El buen samaritano nos mostraba que el amor personal, cara a cara, es absolutamente imprescindible para que los humanos seamos efectivamente humanos, para que la comunidad del pueblo sea eso y no un conglomerado de intereses personales. Pero será preciso, también, señalar sus límites y la necesidad de dar forma a algunos “brazos largos” del amor. Porque si bien en la inmediatez del “cara a cara” está la mayor fortaleza del amor, con todo no es suficiente. Veamos.

En el “cara a cara”, lo inmediato puede impedirnos ver lo importante. Puede agotarse en el aquí y ahora. En cambio, un amor realmente eficaz, una solidaridad “de fondo”, como les decía en el mensaje del año pasado, debe elaborar reflexivamente la relación entre situaciones evidentemente dolorosas e injustas y los discursos y prácticas que les dan origen o las reproducen; a fin de sumar al abrazo, la contención y la compañía, algunas soluciones eficaces que pongan freno a los padecimientos, o al menos los limiten.

Por otro lado, el amor entendido solamente como inmediatez de la respuesta ante el rostro de mi hermano puede ser afectado por otra debilidad, bien propia de pecadores que somos: convertirse enseguida en vehículo de una necesidad de exhibicionismo o de autorredención. ¡Qué impresionante profundidad y finura psicológica revelan las palabras del Señor, cuando recomienda al que da limosna “que su mano izquierda ignore lo que hace la derecha” (Mt 6, 3), o cuando critica al fariseo que ora de pie ante el altar sintiéndose satisfecho de su virtud (Lc 18, 9-14)!

La parábola del juicio final viene a hacernos descubrir otras dimensiones del amor que están en la base de toda comunidad humana, de toda amistad social. Quisiera llamar la atención sobre un detalle del texto: los que habían sido declarados “benditos” por el Hijo del hombre por haberle dado de comer, de beber, por haberlo alojado, vestido o visitado, no sabían que habían hecho tales cosas. Es decir, la conciencia directa de haber “tocado” a Cristo en el hermano, de haber sido realmente prójimo del Señor herido al costado del camino, no se da más que a posteriori, cuando “todo se ha cumplido”. ¡Nunca sabemos del todo cuándo estamos alcanzando realmente a las personas con nuestras acciones! No lo sabemos, desgraciada o felizmente, hasta que esas acciones han producido sus efectos.

Obviamente, esto no se refiere a lo que directamente podemos hacer como respuesta al “cara a cara”, lo cual es fundamental; sino a otra dimensión que está ligada a esta primera actitud. “¿Cuándo te hemos dado de comer, de beber, etc.?”, se trata de un amor que se hace eficaz “a la larga”, al final de un trayecto. En concreto, me refiero a la dimensión institucional del amor. El amor que pasa por instituciones en el sentido más amplio de la palabra: formas históricas de concretar y hacer perdurables las intenciones y deseos. ¿Cuáles, por ejemplo? Las leyes, las formas instituidas de convivencia, los mecanismos sociales que hacen a la justicia, a la equidad o a la participación... Los “deberes” de una sociedad, que a veces nos irritan, nos parecen inútiles, pero “a la larga” hacen posible una vida en común en la cual todos puedan ejercer sus derechos, y no sólo los que tienen fuerza propia para reclamarlos o imponerse.

La parábola del Juicio Final nos habla, entonces, del valor de las instituciones en el reconocimiento y la promoción de las personas. Podemos decirlo así: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria...”, nos pedirá cuentas de todas aquellas veces que cumplimos o no con esos “deberes” cuya consecuencia en el plano del amor no podíamos visualizar directamente; ellos son parte del mandamiento del amor. Incluimos también el deber de participar activamente en la “cosa pública”, en vez de sentarnos a mirar o a criticar.

Y aquí es imprescindible volver a subrayar la grandeza de la vocación docente, la enorme relevancia social y hasta política, en el sentido más profundo de la palabra, que tiene esa tarea cotidiana, abnegada, tan poco reconocida en algunos ámbitos... Educar es un gesto de amor. La educación es una genuina expresión de amor social. Se da en la misión del maestro una verdadera paradoja: cuanto más atento está al detalle, a lo pequeño, a lo

singular de cada chico y a lo contingente de cada día, más se enlaza su acción con lo común, con lo grande, con lo que hace al pueblo y a la Nación. Para un docente, no hace falta buscar la participación en la “cosa pública” muy lejos de lo que hace todos los días (sin dar por ello menos valor a otras formas de actividad o compromiso social o político). Al contrario, el “trabajo” de ir todos los días a la escuela y encarar una vez más, sin aflojar nunca, el desafío de enseñar, educar y socializar a niños y jóvenes, es una empresa cuya relevancia social nunca será suficientemente resaltada. “¡Educar al soberano!”, no es sólo un lema grandilocuente del pasado.

Conclusión: cinco propuestas para ayudar a recrear el vínculo social

Como ya va siendo una tradición en estos mensajes, les propongo algunas ideas de orden más “práctico” que, de algún modo, resuman y esbocen una resolución operativa de las reflexiones desarrolladas. Espero que sirvan para abrir el diálogo en las comunidades y den lugar a nuevas iniciativas.

1. La fe cristiana como fuerza de libertad

La primera propuesta apunta a reconocer una vez más la inmensa capacidad de renovación de la cultura que posee el Evangelio. Nuestro compromiso ciudadano y nuestra tarea docente no pueden prescindir de la fe explícita como principio activo de sentido y acción. Es verdad que en una sociedad que recién está aprendiendo a convivir pluralmente se generan muchas veces conflictos y desconfianzas varias. Ante estas dificultades, no pocas veces los católicos nos sentiremos tentados de callar y ocultarnos, intentando cortar la cadena de mutuas incomprensiones y condenas, a la cual tantas veces, por qué no reconocerlo, habremos contribuido con nuestros errores, pecados y omisiones. Mi propuesta es ésta: animémonos a recuperar el potencial liberador de la fe cristiana, capaz de animar y profundizar la convivencia democrática inyectándole fraternidad real y vivida. Como Iglesia en Argentina, a los bautizados no nos faltan pecados de los cuales avergonzarnos y arrepentirnos, pero tampoco nos faltan ejemplos y testimonios de entrega, de compromiso por la paz y la justicia, de auténtica radicalidad evangélica al servicio de los pobres y en pos de una sociedad libre e inclusiva y por una vida más digna para nuestra gente. Recuperemos la memoria de tantos cristianos que han dado su tiempo, su capacidad y hasta su vida a lo largo de nuestra historia nacional. Ellos son testimonio viviente de que una fe asumida, vivida a fondo y confesada públicamente no sólo no es incompatible con las aspiraciones de la sociedad actual, sino que puede en verdad aportarle la fuerza humanizante que por momentos parece diluirse en la cultura posmoderna. ¡Que en cada uno de nuestros colegios se venere y transmita la memoria de tantas y tantos hermanos nuestros que han dado lo mejor que tenían para construir una Patria de justicia, libertad y fraternidad, y que se busque activamente en cada una de nuestras instituciones generar nuevas formas de testimonio de una fe viva y vivificante!

2. “Todas las voces, todas”

La reconstrucción de un lazo social verdaderamente inclusivo y democrático nos exige una práctica renovada de escucha, apertura y diálogo, e incluso de convivencia con otras tendencias sin por ello dejar de priorizar el amor universal y concreto que debe ser siempre el distintivo de nuestras comunidades. En concreto, les propongo como docentes cristianos que abran su mente y su corazón a la diversidad que cada vez más es una característica de las sociedades de este nuevo siglo. Mientras vemos que todo tipo de intolerancias

fundamentalistas se adueñan de las relaciones entre personas, grupos y pueblos, vivamos y enseñemos nosotros el valor del respeto, el amor más allá de toda diferencia, el valor de la prioridad de la condición de hijo de Dios de todo ser humano sobre cualesquiera sean sus ideas, sentimientos, prácticas y aun sus pecados. Mientras en la sociedad actual proliferan los guetos, las lógicas cerradas y la fragmentación social y cultural, demos nosotros el primer paso para que en nuestras escuelas resuenen todas las voces. No nos resignemos a vivir encerrados en un fragmento de realidad. Reconocer, aceptar y convivir con todas las formas de pensar y de ser no implica renunciar a las propias creencias.

Aceptar lo diverso desde nuestra propia identidad, dando testimonio de que se puede ser “uno mismo” sin “eliminar” al otro. Y luchemos, en el aula y en todos aquellos lugares donde estemos en función de enseñanza, contra toda práctica de exclusión a priori del otro por motivos sociales, económicos, políticos, religiosos, culturales o personales. Que en nuestro corazón, en nuestras palabras, en nuestras instituciones y nuestras aulas no tenga lugar la intolerancia y la exclusión.

3. Revalorizar nuestras producciones culturales

El momento de pluralidad, de diversidad, no agota la dinámica del vínculo social: justamente, va de la mano con la fuerza “centrífuga” de unidad de los “muchos y distintos”. Pero como nuestra propia historia nos enseña la esterilidad de toda “unificación compulsiva”, tendremos que apostar a la “vía larga” la vía del testimonio de la propia identidad a través también de la fuerza convocante del arte y las producciones históricas. Esto implica un definido acto de confianza en el valor de nuestras obras de arte, de nuestras producciones literarias, de las múltiples expresiones del pensamiento histórico, político y estético, en su autenticidad y en la energía que aún poseen para despertar el sentido y valor de lo comunitario.

Hace ya unos años, les propuse una lectura “situada” de nuestro poema nacional, el Martín Fierro. Debemos avanzar en esa línea. La Argentina ha brindado al mundo escritores y artistas de calidad (de esos que incluso hablando de lo “local” tocan la fibra más “universal” del hombre, al modo de los clásicos); y esto en el campo de lo “académico” y también en el del arte y la cultura popular. ¿Por qué no insistir en promover su lectura, su audición, su contemplación, recuperando algo del espacio que hegemonizan tantas producciones huecas impuestas por el mercado? ¡Tantas novelas infinitamente superiores a los best sellers que llenan góndolas de supermercados, tanta música -en todo tipo de géneros, desde los más tradicionales hasta los que expresan la mirada de las generaciones más jóvenes- que dice algo de lo que somos y lo que queremos ser!

¡Tanta belleza plasmada en artes plásticas, en arquitectura, tanta reflexión y polémica con la ironía y la chispa que caracteriza a nuestros grandes periodistas y pensadores sobre las distintas circunstancias de nuestra historia, tanto cine que “cuenta” nuestras historias y nuestra historia!

No estoy proponiendo reflatar ideologías chauvinistas o una pretendida superioridad de “lo nacional” sobre la cultura de otros pueblos. Revalorizar lo nuestro no significa de ningún modo dejar de lado la inmensa riqueza de la cultura universal. Pero se trata de recrear el sentido de pueblo volviendo a escuchar y a contar las historias de nuestra gente, así como en una familia los niños tienen que escuchar una y otra vez los pequeños detalles de la vida de sus padres y abuelos. La identidad de un pueblo (como también la identidad de cada

persona) se constituye en gran medida narrativamente, situando acontecimientos en una línea de tiempo y en un horizonte de sentido. Se trata de volver a contar, volver a decir quiénes somos. Y para ello, escuchar lo que ya se ha dicho, volver a situarse ante las huellas que la vida del pueblo ha dejado a través de la obra de sus creadores. En este aspecto conviene tener presente que el proceso de globalización puede instalarse en dos formas. Una que progresa hacia la uniformidad, en la que cada persona termina por constituir un punto en la perfecta esfera global. Las particularidades aquí son anuladas. Otra forma la constituye el afán de unidad y colaboración de las personas y pueblos, uniéndose globalmente pero conservando en la unidad la propia particularidad. La figura ya no es una esfera sino un poliedro: unidad en la diversidad. Esta segunda forma de globalización es la correcta.

4. Prestar atención a la dimensión institucional del amor

Para ir finalizando, quiero insistirles en la importancia de las formas instituidas de participar en la vida común. Los argentinos tenemos una tendencia a desvalorizar la ley, las normas de convivencia, las obligaciones y deberes de la vida social. Desde las viejas “reglas de cortesía” hoy casi inexistentes, hasta las obligaciones legales como el pago de impuestos y otras muchas. Todo ello es imprescindible para que nuestra convivencia circule por caminos más firmes, más respetuosos de la persona y más factibles de crear un sentido de comunidad. La cosa “por debajo de la mesa”, la “truchada”, la “avivada”, no ayuda a superar este trance de anomia y fragmentación. Es preciso que apostemos sin dudar al fortalecimiento de las muchas instancias de participación y resguardo de lo común que han ido quedando desdibujadas en la historia de prepotencias, violencias, arbitrariedades, egoísmos e indiferencias que hemos vivido.

5. Celebrar juntos el amor de Dios

Por último, ese querer estar juntos de los jóvenes, ese gustar la emoción de ser parte de una experiencia que los engloba y les da identidad, puede señalarnos un sendero que nos aproxime a proponerles el valor de la celebración de los misterios sagrados. Es verdad que en la cultura de lo útil y del pragmatismo, la gratuidad y aparente inutilidad del culto no pareciera atractivo; sin embargo, es interesante que toda esa sensibilidad hacia el encuentro amistoso, unida al gusto por la música y otras manifestaciones artísticas que ellos poseen, sean un modo de acercarse al desarrollo de una cultura, abierta a Dios y con capacidad de honda empatía con lo humano. Una cultura que sabe adorar y orar, y a la vez posibilita un compromiso intenso y fuerte con el mundo de los hombres y mujeres de este tiempo. En este sentido no podemos permitirnos titubear; debemos hacernos cargo de la profunda herencia humana que transmitimos a los chicos y jóvenes cuando los conducimos al sublime acto de la adoración a Dios tanto en soledad como en la acción litúrgica.

Vemos así con mayor claridad el enorme proceso de conversión que exige la recreación del lazo social. Es preciso volver a creer en nuestras instituciones, volver a confiar en los mecanismos que como pueblo nos hemos dado para caminar hacia una felicidad colectiva. Y esto es tarea de todos: de gobernantes y gobernados, de fuertes y débiles, de los que tienen y pueden y los que poco tienen y menos pueden. De todos: no sólo pasivamente, cumpliendo con lo mínimo y esperando todo de los demás. De todos: animándonos a crear situaciones, posibilidades, estrategias concretas para volver a vincularnos y a ser un pueblo. Hemos vivido una historia tan terrible, que “no estar metido en nada” pasó a ser sinónimo

de seriedad y virtud. Quizás haya llegado (¡todavía no es definitivamente tarde!) el momento de dejar atrás esa mentalidad, para recuperar el deseo de ser protagonistas comprometidos con los valores y las causas más nobles. Dejar atrás esa mentalidad de la cual quede del todo descartado un diálogo final como éste:

“Señor, ¿cuándo fue que no te di de comer, de beber, etc.?”

“Cuando te sumaste al “no te metás” mientras yo me moría de hambre, de sed, de frío, estaba tirado en la calle, “desescolarizado”, envenenado con drogas o con rencor, despreciado, enfermo sin recursos, abandonado en una sociedad donde cada uno se preocupaba sólo por sus cosas y por su seguridad”.

Recordemos lo que nos dice el Salmo, como expresión de lo que deseamos ardientemente para nuestra tierra: “¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos! ... Allí el Señor da su bendición, la vida para siempre” (Sal 133). Y desde esta oración que pide el amor cristiano animarnos a crear un pueblo en el cual todos podamos gozar de la bienaventuranza de “haber estado ahí” cuando el hambre, la sed, la enfermedad, la soledad, la injusticia clamaban por respuestas auténticas y eficaces.

Todavía estamos a tiempo. Junto con esta propuesta reflexionemos también en el fracaso al que nos conduciría el camino contrario, un fracaso de disolución y muerte del pueblo de nuestra Patria. Pensando en esta fase negativa de una contracultura de destrucción y fragmentación nos puede hacer bien recitar con el poeta norteño:

Se nos murió la Patria hace ya tiempo,
en la pequeña aldea.
Era una Patria casi adolescente.
Era una niña apenas.
La velamos muy pocos; un grupito
de chicos de la escuela.
Para la mayoría de la gente
era un día cualquiera.
Pusimos sobre el guardapolvo blanco
las renegridas trenzas.
La Virgen de Luján y una redonda
y azul escarapela.
Unos hombres muy sabios opinaban:
“fue mejor que muriera”.
“Era sólo una Patria” nos decía
la gente de la aldea.
Pero estábamos tristes. Esa Patria
era la Patria nuestra.
Es muy triste ser huérfano de Patria.
Luego nos dimos cuenta.
Así es, es muy triste
ser huérfanos de Patria.
Que no tengamos que decir
“tarde nos dimos cuenta”.